

EL PENSAMIENTO HISTORIOGRÁFICO DE ROUSSEAU

IAGO RAMOS

Licenciado en Filosofía
Doctorando
Facultad de Filosofía
Universidad de Salamanca
Salamanca / España
iago.ramos@usal.es

Recibido: 14/07/2013
Aceptado: 16/09/2013

Resumen: Una de las críticas más comunes que recibe el pensamiento de Rousseau es calificarlo de ingenuo. En este artículo queremos revisar las bases de su pensamiento historiográfico para comprobar que su postura hacia la historia es mucho más compleja de lo que parece.

Palabras clave: Rousseau, historia, necesidad, presente.

ROUSSEAU'S HISTORIOGRAPHIC THOUGHT

Abstract: Most criticisms on Rousseau's thoughts on history state them as naïves. At this paper we review the basis of his historiographic concerns to state that his thought is much more complex than expected.

Keywords: Rousseau, history, necessity, present.

1. AGRADECIMIENTO

Son muchas las razones que nos obligan a mostrarnos agradecidos con Antonio Pintor-Ramos. La oportunidad de compartir nuestras inquietudes rousseaunianas, su atención, su consejo o sus comentarios son piedras fundamentales del camino que hemos recorrido; pero en el mundo académico, la mayor parte del tiempo transcurre entre los muros de un despacho o una biblioteca y los aliados más íntimos viven sobre nuestro escritorio. Es ahí donde reside la principal

razón por la que queremos darle las gracias: su monografía, *Rousseau. De la naturaleza hacia la historia*, que nos acompaña desde hace casi media década cada vez que nos peleamos con la obra de Jean-Jacques Rousseau. Podemos fechar con exactitud la extensión de esta compañía tomando como referencia el día que se presentó el volumen en el Aula Minor de la Universidad Pontificia de Salamanca, el 27 de noviembre de 2008; el acto se realizó a mediodía y nuestra primera lectura a primera hora de la tarde. Desde entonces, siempre ha estado en las montoneras o entre las trincheras de nuestra mesa de trabajo.

El influjo de este texto en lo personal fue importante porque al acompañar a Pintor-Ramos en su diálogo con todos aquellos nombres de acento extranjero donde parecía acabarse la erudición rousseauista nos dimos cuenta de que la geografía no hace al erudito y que aún quedaba mucho por decir. El influjo que sigue teniendo en lo académico es aún más importante, porque nos sirve como lanzadera constante. Es un texto que nos ayuda a olvidar la imagen deforme que difunden muchos manuales, edificados sobre prejuicios que solo muestran la pobreza intelectual de sus defensores, y nos invita a descubrir un pensador que, como el propio Pintor-Ramos nos advierte en el prólogo, siempre sorprende al lector. Nos convencemos también de que Rousseau no es solo un excelente literato sino que también es filósofo y aprendemos que “cuando coinciden valores literarios y valores filosóficos, los criterios por los que una obra tiene valores literarios son totalmente independientes de aquellos por los que tiene valores filosóficos”¹. Guiados por Pintor-Ramos nos adentramos en los terrenos de un autor “que deja abierto un campo de problemas mucho más ancho de lo que su escaso trabajo de conceptualización era capaz de cubrir”², y, como el planteamiento del volumen es “sacar a la luz la urdimbre del pensamiento rousseauiano”³ nos engancharemos siempre con algún hilo que acabaremos por seguir, seguros de que pertenece a un entramado que merece toda nuestra atención.

Agradecemos y celebramos que Pintor-Ramos haya compartido con todos este Rousseau que le ha acompañado durante tantos años porque es un Rousseau sobre el que podemos construir y seguir avanzando en el estudio filosófico, el reflejo de la dedicación y el buen hacer de quien nos lo presenta. Gracias, Antonio, por abrirnos la puerta a una tarea tan satisfactoria tanto con su ejemplo como con sus pistas.

1 Antonio PINTOR-RAMOS, *Rousseau. De la naturaleza hacia la historia*, Salamanca, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, 2007, p. 348.

2 *Ibid.*, p. 9.

3 *Ibid.*, p. 348.

2. LA HISTORIA DE PLUTARCO

Si queremos hablar del papel de la historia en el pensamiento de Rousseau debemos poner por delante el contexto cultural en el que se encuadra. Los términos con los que se plantea este problema en el siglo XVIII francés son muy concretos y el condicionante principal es, sin duda, que “los hechos históricos no pasan de ser episodios reacios a toda necesidad científica y, en consecuencia, carecen de toda significación intrínseca”⁴. Rousseau, que no deja de ser un hombre de las luces aunque se tiende a calificarlo como anti-ilustrado, no muestra “más estima por los hechos históricos que cualquiera de sus contemporáneos”⁵ y esto hace que muchos hayan considerado que su pensamiento histórico es ingenuo. Es cierto que a sus ojos la historia de la humanidad no posee un valor intrínseco, pero esta consideración no supone ni la negación ni la ignorancia de los problemas que rodean a la historia.

Lo más común a la hora de hablar de la historia en Rousseau, es comentar que defiende una historia monumental como si esto supusiese que quiere transformar los hechos históricos en una cuestión mitológica. Pero cuando Rousseau plantea la necesidad de una historia monumental lo hace pensando en que la narración histórica está en manos de quien la escribe y que su pertinencia depende de cómo nos aprovechemos de su condición de “conocimiento mediato, conocimiento a través de los testimonios de otros hombres”⁶. Si la historia depende de lo que el historiador hace con ella, pensar en una historia monumental supone pensar en una historia bien desarrollada entendiendo la bondad como un bien común. La historia debe ser contada para el beneficio de todos y, para ello, necesitamos buenos historiadores, como, por ejemplo, Plutarco.

Plutarco es sin duda alguna el modelo a seguir a la hora de escribir la historia y su metodología es la que tiene en mente Rousseau al afirmar que hace falta una historia monumental. Para entender cómo debe narrarse la historia basta con acercarse a cualquiera de las vidas ilustres que recupera el griego. Tomemos como ejemplo la vida de Rómulo, que cuenta la gloriosa ascensión de este fundador de Roma hasta el momento en el que los éxitos logrados lo elevan por encima de sus conciudadanos y desaparece misteriosamente. La desaparición de Rómulo ha dado lugar a todo tipo de relatos que Plutarco recorre, compartiendo su opinión sobre la verosimilitud de unos y otros, para que el lector pueda hacerse una idea de lo que sabemos y desconocemos sobre el evento. Una vez que tenemos una visión sobre lo complejo que resulta conocer lo que ocurrió verdaderamente, es

4 *Ibid.*, p. 238.

5 *Ibid.*, p. 239.

6 *Ibid.*, p. 241.

el momento de concluir sobre la importancia del evento, momento en el que Plutarco nos recuerda que lo más importante es la lección moral que se esconde detrás del hecho. Esta lección moral no es el error cometido por Rómulo que lo pudo llevar a ser víctima de un complot, sino que la posibilidad del magnicidio no convence a la nación frente el deseo de que su desaparición sea el efecto de la divinización de su fundador. La vida de Rómulo nos enseña que un hombre virtuoso puede elevarse más allá de la condición humana, “no por la ley de una ciudad, sino, realmente, en virtud de una lógica natural”⁷, y esta es la razón por la que Rómulo es parte de la historia.

El método historiográfico de Plutarco se podría resumir como la subyugación de los eventos pasados a su condición de pasado, son todos leyenda –lo que se lee–, y juzgarlos siempre en beneficio del presente. Con la mente puesta en este planteamiento, se entiende que Rousseau vea la historia como una herramienta con la que mostrarle a los ciudadanos cómo deben ser antes que enseñarles lo que son.

Aprendemos, además, que la historiografía implica una responsabilidad particular por parte del historiógrafo porque los hechos acontecidos no son los que determinan el curso de la historia sino que es la manera de narrarlos lo que la hacer ser de un modo u otro y son “la ineptitud y [...] los intereses de los historiadores [los que] les llevan a desfigurar la realidad”⁸. Claro está, dado que no hay un vínculo entre los acontecimientos y su historia, la desfiguración no se puede juzgar desde una necesidad histórica sino desde su efecto en el presente. La historia surge del interés por contar algo que ha pasado, de recuperar acontecimientos importantes y si se desvirtúa la realidad al contarlos es por la “tendencia de los historiadores a mostrar como normal un tipo de hombre corrompido por la civilización, dejando de lado el “verdadero” hombre no corrompido”⁹; es decir, romper con la utilidad que puede tener recordar para el hombre presente. La utilidad de la historia depende de la labor que realiza el historiógrafo, si este escribe un relato histórico que sirve para mejorar el presente o si, por el contrario, su pluma va a hacer apología del simulacro público y de la corrupción.

Debemos saber que cuando se identifica la ingenuidad histórica con la defensa de una historia monumental, nos estamos refiriendo a una situación en la que Rousseau juzga que la historia la escriben hombres con ciertos intereses y que para guiar su labor debemos poner por delante su utilidad para el bien común. Estamos tachando de ingenua la decisión de otorgar a lo que Voltaire denomina

7 PLUTARCO, *Vies parallèles*, Malesherbes, Gallimard, 2008, p. 119. Corresponde con *Rómulo*, XXVIII:10.

8 PINTOR-RAMOS, Antonio, *op. cit.*, p. 240.

9 *Ibid.*, p. 240.

como “historia de los eventos”¹⁰ una “función instrumental”¹¹ cuando esta consideración se basa en la premisa de que la historia no tiene “un campo propio de objetos”¹² puesto que trabaja sobre leyendas; decisión que tiene una lógica. Podemos estar en discordancia con la afirmación de que los acontecimientos históricos carezcan de objetividad, pero no podemos minusvalorar las decisiones que se toman sin contar con las premisas que las sustentan, más aun cuando estas premisas tienen su propia justificación dentro del sistema de pensamiento en el que las encontramos.

3. LA HISTORIA DE LAS CIENCIAS

Puede resultar llamativo comprobar que Rousseau reclama una instrumentalización de la historia al servicio de los hombres y que cuando actúa como historiógrafo de las ciencias no adopta esta exigencia. Tanto en *Instituciones químicas*, al repasar la evolución de algún conocimiento experimental, o en los artículos del *Diccionario de Música* en los que analiza el desarrollo de un conocimiento particular, sí encontramos la presencia de una necesidad histórica en la que los eventos tienen su propia objetividad.

En *Instituciones químicas*, donde los apartados comparten el esquema de una entrada de la *Enciclopedia* –a saber, primero una definición y a continuación desarrolla la problemática que encierra el lema hasta el estado actual de la cuestión–, para hablar sobre el estado de los conocimientos, dialoga con la tradición y los diferentes químicos que han investigado cada cuestión; un apartado cualquiera, como el dedicado a los disolventes¹³ puede ilustrar este modo de actuar. La particularidad en *Instituciones químicas* es que tiende a establecer estos diálogos históricos de manera sincrónica: no se hace referencia a fechas porque la evolución de los conocimientos se expresan en la actualidad de los mismos y su veracidad la podemos comprobar experimentalmente.

Si consideramos que un diálogo histórico sincrónico no se corresponde con una necesidad histórica, tenemos el ejemplo del *Diccionario de Música*, donde Rousseau nos ofrece la evolución de los diferentes asuntos en una exposición diacrónica. Puede ilustrarse esta diacronía con el desarrollo histórico con el que

10 *Enciclopedia*, Lema Historia, Libro VIII, Plancha 221.

11 PINTOR-RAMOS, Antonio, *op. cit.*, p. 239.

12 *Ibid.*, p. 239.

13 Jean-Jacques ROUSSEAU, *Institutions Chimiques*, París, Fayard, 1999, p. 255.

comienza al lema armonía¹⁴: explica el origen de la palabra a través de sus usos; comenta cómo el término va transformando su significado conforme se van desarrollando las ciencias o con el desarrollo de nuevos modelos experimentales; señala la intromisión de las opiniones de los hombres que se ocupan de la cuestión, etc. Es decir, nos expone un desarrollo histórico, con una necesidad interna y un proceso diacrónico que, además, genera un conocimiento que hoy se encuentra en una posición avanzada frente al estado de la cuestión en otros tiempos.

Faltaría preguntarse si en este tipo de análisis históricos la necesidad adquirida por el proceso supera el estado presente, condición muy importante en la idea de una historia que funciona con una necesidad interna. Podemos encontrar una respuesta entre las páginas de las *Cartas Morales* con un ejemplo muy conveniente. Al presentar un argumento sobre la evolución de los sistemas de pensamiento, Rousseau afirma que el sistema de Descartes ha perdido toda su actualidad al verse superado por los descubrimientos de Newton y Locke, y que así como el sistema cartesiano se ha quedado atrás en el desarrollo del pensamiento, los sistemas que hoy nos parecen estar en plena actualidad, también se volverán obsoletos; los sistemas que hicieron caer el que construyó el más metódico de todos los filósofos[sic] “comienzan a vacilar y caerán de la misma manera, porque son una obra del hombre”¹⁵. De la superación de un sistema anterior aprendemos una necesidad histórica, que ningún sistema está preparado para responder a lo que está por descubrir y que la actividad de los hombres generará nuevos casos y datos a tener en cuenta que falsearán los conocimientos que poseemos en el momento presente: descubrimos con este ejemplo que la necesidad histórica de las ciencias está marcada por la actividad científica del hombre

No hay duda de que cuando Rousseau se pone el traje de historiógrafo de las ciencias, actúa, al menos en apariencia, como cualquier historiador, construyendo un relato que recoge la necesidad de los hechos pasados para explicar el presente y proyectar en el avenir las posibles consecuencias; pero este cambio de actitud está condicionado por el objeto de este proceso histórico. Al hablar de las ciencias, podemos introducir una necesidad histórica porque estamos escribiendo la “historia natural”.

Voltaire define la historia natural como un estudio con un objeto tan extenso como la naturaleza que tiene una importancia fundamental porque “en toda su

14 Jean-Jacques ROUSSEAU, *Dictionnaire de Musique*, en *Oeuvres Complètes T. V*, París, Gallimard, 1995, p. 845.

15 Jean-Jacques ROUSSEAU, *Lettres Morales*, en *Oeuvres Complètes T. IV*, París, Gallimard, 1999, p. 1096.

extensión abraza al universo entero”¹⁶. Se trata de una historia que no es propiamente historia sino una descripción del sistema de la naturaleza pero que sí se construye desde la historicidad. La principal característica de este conocimiento es que en vez de deberse a un presente, se debe hacia un objeto ulterior al propio estado de la cuestión. Es historia en tanto que se ordena en una secuencia necesaria que va desde las primeras observaciones al primer uso de estos conocimientos, y de ahí a un desarrollo constante de las ciencias de forma acumulativa. Es, además, un proceso en el que reconocemos una diacronía en la superación de las sincronías que se suceden con la llegada de algún acontecimiento nuevo: “un hecho importante descubierto recientemente cambia las combinaciones, anula las consecuencias, destruye el sistema precedente y aporta ideas nuevas para un nuevo sistema”¹⁷. En la cadena de descubrimientos que nos narra la historia natural se observa la necesidad propiamente histórica de eslabones que precisan los unos de los otros, si bien se mantiene como un relato abierto en su forma práctica pues el ajuste final entre dos órdenes diferentes no está garantizado: podemos suponer el final de esta historia pero no sabemos “si el espíritu humano está capacitado para un descubrimiento así”¹⁸.

Cabe añadir, además, una diferencia fundamental entre una “historia de los eventos” y la “historia natural” que obliga a Rousseau a actuar como historiador: el progreso de las ciencias es siempre positivo. Es cierto que Rousseau es muy cauto a la hora de confiar en el avance de las ciencias y que su posible corrupción es el famoso argumento del *Discurso sobre las Ciencias y las Artes*; pero las advertencias frente a la corrupción que hace se producen dentro del contexto de las sociedades humanas y no en el de la historia natural. Cuando Rousseau nos aconseja sobre el ejercicio de la ciencia, por ejemplo, en *Instituciones químicas*, nos dice que “intentemos penetrar en el santuario de la naturaleza, de encontrar sus leyes generales y, guiados siempre por la experiencia, acercarnos todo lo que nos sea posible a los verdaderos principios de las cosas; evitemos en cambio cegarnos con nuestras propias opiniones”¹⁹. Busca protegernos de una corrupción en la manera de investigar, no de la corrupción del conocimiento generado. El problema de la corrupción solo afecta a las ciencias en tanto que el sujeto deja de conocer, pero no es una pérdida del conocimiento positivo. No podemos olvidar que la crítica que encontramos en el *Primer discurso* se sustenta sobre la condición de las ciencias como producto humano y no sobre el avance de las ciencias. Es una advertencia de Rousseau sobre el mal uso de la ciencia como

16 *Enciclopedia*, Lema Historia, Volumen VIII, Plancha 226.

17 *Ibid.*, Plancha 229.

18 *Ibid.*, Plancha 230.

19 ROUSSEAU, Jean-Jacques, *Institutions Chimiques*, op. cit., p. 59.

también nos advierte sobre el mal uso de las artes o de la propia historia; en lo que respecta al proceso de adquisición de conocimientos sobre el orden natural, no hay más retroceso que nuestros olvidos.

4. EL MÉTODO GENEALÓGICO

Rousseau sí considera que hay una historicidad en la historia de las ciencias por la presencia externa del orden de la naturaleza, por lo que podemos decir que adopta una postura concreta hacia la historia según la consideración que tiene sentido historiar en cada caso; y si no acepta el valor intrínseco de los acontecimientos que refiere la “historia de los eventos” es porque tiene razones para no hacerlo. Podemos también valorar si sería la presencia de ese orden externo que otorga un fin ulterior a los acontecimientos lo que permite que exista la necesidad histórica; y así, cuando los acontecimientos tienen una proyección hacia el futuro ajena a las actividades libres de los hombres, podemos hablar de una historicidad; cuando no hay un fin último que marca el desarrollo de los eventos y el relato histórico se limita a acompañaros hasta el presente, no la hay.

Reconocer en la historia una necesidad implica que en ella debemos poder encontrar las bases que con las que se construye el futuro. Condición que en el caso de Rousseau no se valora en tanto que él no reconoce en el futuro nada más que un presente futuro. Por ejemplo, cuando se plantea un proyecto de Paz perpetua para Europa defiende su utilidad porque es bueno evitar guerras futuras tomando como referencia la paz presente; o, al plantear que una solución para prevenir futuros conflictos sería crear una sociedad de los Pueblos de Europa como entente de las potencias europeas, lo hace apelando a una condición presente: “una especie de sistema que las une por una misma religión, por un mismo derecho de las gentes, por los *mores*, por las letras, por el comercio y por la suerte de equilibrio que surge como efecto necesario de todo ello”²⁰; no hace referencia a un pasado común que posibilite una situación que hoy se asocia a la presencia de una historia común. Cabe señalar que esta actitud es común entre sus contemporáneos que, como Rousseau, quieren mirar solo hacia la responsabilidad que tenemos sobre el presente; así se pueden entender el ímpetu de un siglo en el que las revoluciones se sucedían una tras otra. Se está produciendo una liberación del sujeto y plantear que nos debemos a una historia pasada o futura es inaceptable; ¿qué sentido tendría escapar de la teodicea para caer en

20 Jean-Jacques ROUSSEAU, *Projet de Paix perpétuelle*, en *Oeuvres Complètes T. III*, París, Gallimard, 2003, p. 565.

el determinismo histórico? Los eventos y acontecimientos de la historia se suceden por la actividad libre de los hombres y si hay una actividad conjunta de las naciones no se puede explicar más que por la voluntad de los individuos que la conforman, como sucede en el caso de Polonia: “leyendo la historia de Polonia a penas podemos comprender como un estado constituido de una forma tan extraña ha podido subsistir tanto tiempo”²¹. Es el corazón de los hombres el que mantiene vivas las naciones y el ejemplo de los “valientes poloneses” demuestra que ninguna sucesión de eventos puede cambiar su voluntad.

El planteamiento parece llevarnos a un solipsismo de la voluntad en la historia pero, en realidad, esta negación de la necesidad histórica no se traduce en una negación total de la necesidad histórica pasada sino de la presente y futura. No podemos olvidar que en el caso de Rousseau una de las principales aportaciones que intenta desarrollar es un método genealógico con el que poder explicar el estado actual de las cosas. Un método de investigación con el que intentamos explicar lo que la historia no es capaz de contarnos porque lo desconoce y en el que, al igual que sucederá con la labor autobiográfica –“no escribo tanto la historia de estos eventos en sí mismos como la del estado de mi alma conforme se van sucediendo [...] los hechos no son más que causas ocasionales”²²–, los acontecimientos no son lo realmente significativos, pero sí hay unas causas internas que determinan el desarrollo de los acontecimientos.

Se podría decir que, al plantear el método genealógico, Rousseau se aproxima a la idea de una historia universal y científica salvo en el hecho de que los acontecimientos carecen de valor objetivo; en parte porque siguen siendo un conocimiento mediato y en parte porque no son más que la expresión ocasional de unas fuerzas mucho más básicas; hay una “similitud entre los eventos [que] reduce sus hechos a un número de clases mucho menor de lo que nos imaginamos”²³. Lo que recoge un relato de la “historia de los eventos” son los productos de causas discretas y lo que se corresponde con la necesidad histórica son los elementos internos y discretos que se expresan en diferentes formas. Recordemos que, en el caso de las ciencias, Rousseau observa y recapitula una actividad variada en relación con un orden que marca el sentido de los diferentes intentos; lo que nos propone con su análisis genealógico es encontrar entre los asuntos del hombre objetos simples que se expresan en la variedad de las accio-

21 Jean-Jacques ROUSSEAU, *Considérations pour le gouvernement de Pologne*, en *Oeuvres Complètes T. III*, París, Gallimard, 2003, p. 953.

22 Jean-Jacques ROUSSEAU, *Ébauches des Confessions*, en *Oeuvres Complètes T. I*, París, Gallimard, 2001, p. 1150.

23 Jean-Jacques ROUSSEAU, *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*, en *Oeuvres Complètes T. III*, París, Gallimard, 2003, p. 163.

nes humanas. En un caso recoge la pluralidad que nos lleva hacia un orden ajeno a la voluntad del hombre y en el otro el orden que posibilita la particularidad de los hombres. Es decir, “historia natural” e “historia de los eventos” se construyen sobre dos tipos de orden distintos, pero en los que está presente una necesidad.

Efectivamente, Rousseau reconoce, a fin de cuentas, una historicidad que la historia no es capaz de recoger. La narración histórica puede servirnos para conocer un suceso o un desarrollo, pero no podemos contar con ella para conocer las causas que los producen. Para conocerlas, debemos acudir a una forma distinta de investigación, una forma nos permita explicar el estado actual del mundo y depurar los errores cometidos para mejorar nuestra situación presente. Como nos recuerda Jacques Aumètre, esta es la manera que tiene Rousseau de enfrentarse al mundo: “no critica el presente histórico del mundo en nombre de un pasado y de un futuro históricos, sino en nombre de un eterno presente transcendental del hombre en el mundo”²⁴. Un aspecto de su doctrina que suele perderse de vista cuando se habla de la nostalgia de la edad de oro o de la vuelta al estado de naturaleza, pero lo cierto es que Rousseau no valora el momento histórico dentro de una línea temporal; el estado en el que nos encontramos debe cambiar en presente y no necesitamos ni avanzar ni retroceder para lograrlo. Puede parecer que esta valorización prioritaria del presente es contradictoria con la propia idea de historia, pero cabe recordar el concepto de justicia histórica o la esperanza de que el esclarecimiento de los hechos pueda permitir un juicio moral. Ya sea porque esperamos que la historia sea un monumento a la verdad o un monumento a la virtud, se tiende, igualmente, a la búsqueda de una utilidad presente.

Siendo los propios hombres los que narramos y hacemos la historia que, como la sociedad, está sucinta a nuestras debilidades y errores; necesitamos por tanto una historia ordenada por la misma razón que necesitamos una sociedad ordenada. La particularidad que nos propone Rousseau es que a la hora de explicar el orden y las causas por las cuales la sociedad se encuentra en el estado en el que está, a la hora de desarrollar una crítica de la evolución de los acontecimientos que conforman la historia de una sociedad, debemos olvidarnos de la pertinencia de la historia para explicar “unos acontecimientos [...] que podrían haberse producido de diferentes maneras” y buscar mediante la filosofía “los hechos que puede haber generado un vínculo de continuidad”²⁵. Para lo cual,

24 Jacques AUMÈTRE, “Rousseau et la philosophie de l’histoire” en Josaine BOULAD-AYOUB, Isabelle SCHULTE-TENCKHOFF, et Paule-Monique VERNES (eds.) *Rousseau, anticipateur-retardataire*, París, L’Harmattan, 2000, p. 102.

25 Jean-Jacques ROUSSEAU, *Discours sur l’origine et les fondements de l’inégalité parmi les hommes*, op. cit., pp. 162-163.

aplicaremos el método genealógico en tanto que nos acerca a la idea de dos órdenes que se armonizan, el de las causas internas y el de las diferentes expresiones de las mismas desde la particularidad de los hombres, a través de una historia descargada de acontecimientos. Así que cuando hablamos del primer hombre que cerca un terreno y lo declara propiedad privada, no estaremos hablando del primer hombre que hace una cerca, sino de un cambio en la sociedad que puede haberse producido en cualquier momento de la historia; o, si hablamos de la corrupción de las artes, es un proceso que se produce tanto en la Atenas del mundo clásico como en la Francia actual.

5. HISTORIA Y FORMACIÓN

La consideración de que Rousseau es ingenuo respecto la necesidad histórica se apoya en la historia monumental que plantea Plutarco si bien, como hemos visto, esta no es la única historia de la que habla ni la metodología con la que quiere organizar todos los acontecimientos que se producen a lo largo del tiempo. La historia monumental de Plutarco tiene su propio lugar dentro del sistema de Rousseau y si la defiende no es por error ni dejadez, sino por una decisión consecuente y acorde a las exigencias de una reflexión previa. Entre las notas con las que Rousseau se dispone a preparar una cronología universal para su propio uso a modo de referencia, encontramos un párrafo en el que expresa claramente la utilidad que le reconoce a la historia y nos permite entender el porqué de una historia monumental: “Estudiar la historia, es estudiar las opiniones, los motivos y las pasiones de los hombres; el fruto de este estudio debe ser aprender a conocerse a uno mismo conociendo a los otros: corregirse con los ejemplos y adquirir experiencia sin peligro”²⁶.

La historia es un elemento básico en la formación del hombre, libre e ilustrado, y como tal debe ser considerada. Es imprescindible aún si su veracidad no solo es difícil de comprobar y los eventos que se narran son el fruto de un relato mediado; que no posea objetos propios no reduce ni su interés ni su importancia. Razón suficiente para que Rousseau decida considerar que la objetividad de los hechos históricos es indiferente. Fijémonos que mientras Voltaire contrapone historia y fábula: “Historia es el relato de hechos que se dan por verdaderos; al contrario de una fábula, que es el relato de los hechos dados por falsos”²⁷;

26 Jean-Jacques ROUSSEAU, *Chronologie Universelle*, en *Oeuvres Complètes T. V*, París, Gallimard, 1995, p. 491.

27 *Enciclopedia*, Lema Historia, Volumen VIII, Plancha 220

Rousseau vincula la fábula con la posibilidad de generar relatos formativos: “Las ficciones que tienen un objetivo moral se llaman apologías o fábulas y su objeto no es más que desarrollar verdades útiles bajo formas sensibles y agradables”²⁸. Rousseau le otorga a la historia el mismo objetivo que a la fábula, ¿por qué no otorgarle entonces el mismo proceder? Ninguna de las dos necesita ajustarse a la descripción de hechos ciertos mientras sirvan para la formación de un individuo bueno y presente.

A la hora de enfrentar a Emilio con la historia, Rousseau lo tiene claro: “Ya que mi alumno no va a poder ver más que cuadros con fantasías, prefiero pintarlos yo, de mi propia mano, antes que por la de algún otro; al menos serán más apropiados”²⁹. La cuestión de la historia monumental no es recuperar una historia mítica ni mitificar eventos pasados, sino construir una narración educativa que permita una formación de buenos ciudadanos y de un presente próspero. Una actividad que no es sencilla y requiere, efectivamente la mano de un buen historiógrafo, capaz de construir monumentos cargados de significado. Por ejemplo, como nos señala Martin Rueff, la mediación de la figura de Alejandro Magno en la formación de Emilio supone presentar “un modelo de coraje antiguo (una ética), un ejemplo de la eficacia del lenguaje de los signos (una semiótica) y una interrogación sobre la vida buena (una moral)”³⁰; supone enfrentar el alumno a la complejidad de un mundo presente con un ejemplo venido del eterno presente.

Puede ser que Rousseau no llegase a desarrollar los planteamientos históricos ni la metodología histórica de otros autores, pero, desde luego, lo que no podemos decir es que su mirada hacia el problema de la historia carece de complejidad. Puede ser ingenuo por considerar que la historia monumental será un activo importante en la formación de buenos ciudadanos; pero no apuesta por este tipo de historia desde la ingenuidad.

28 Jean-Jacques ROUSSEAU, *Les Rêveries du Promeneur Solitaire*, en *Oeuvres Complètes T. I*, París, Gallimard, 2001, p. 1029.

29 Jean-Jacques ROUSSEAU, *Émile ou de l'éducation*, en *Oeuvres Complètes T. IV*, París, Gallimard, 1999, p. 528.

30 Martin RUEFF, “Apprendre à voir la nuit : l'optique dans la théorie de l'homme” en *Corpus*, 43 (2003), p. 152.